

EL MEJOR REGALO DE NAVIDAD

Ana es una niña de catorce años que tiene el pelo oscuro y unos ojos azul intenso. No es muy alta ni muy baja, mide poco más de un metro sesenta. Le encanta escribir. Escribe cuentos, noticias, canciones, cartas y postales. Todos los martes, Ana ve un programa de televisión que trata de niños con cáncer, y antes veía uno que trataba de niños en un hospital en el que dos de los personajes principales tenían cáncer. Los sábados, a las tres de la tarde, ve películas de niños con cáncer. Y los domingos, ve documentales de cómo diagnosticar diferentes tipos de cáncer. Y, tal vez, os habéis preguntado por qué Ana ve tantas cosas del cáncer, y la respuesta son dos motivos: el primero es que Ana, cuando crezca, quiere encontrar la cura contra el cáncer. El segundo motivo es que quiere saber como es, más o menos, el día a día de los niños con cáncer.

Un sábado, Ana tuvo una idea genial, tan genial que se fue del salón corriendo para hacer lo que quería hacer. Cogió un papel y un bolígrafo, y empezó a escribir: “Querida mamá, me he ido al hospital para lo de siempre (visitar niños con cáncer). Llegaré antes de las ocho. Te quiero”. Ana se puso las botas, se abrochó el abrigo, se colgó el bolso y se fue al hospital.

Fuera, en la calle, hacía frío. El viento soplaba bruscamente junto a los blancos copos de nieve. Ana ya se había acostumbrado tanto al viento como a la nieve hace una semana, cuando empezó a nevar el siete de diciembre. Cuando entró al hospital, lo primero que hizo Ana fue buscar un radiador y poner sus manos heladas sobre él. Lo segundo que hizo fue buscar en su bolso su tarjeta de voluntario joven de la segunda planta del hospital. La segunda planta es donde se encuentran los niños con cáncer a los que Ana suele visitar. Al poco tiempo, la secretaria atendió a la muchacha.

-Ya sabes donde es-le dijo la secretaria a Ana -Y, esta vez, llévate este cuaderno y anota tus observaciones sobre los chicos que visitas -le aconsejó la secretaria a Ana mientras le daba un cuaderno y un bolígrafo.

-Gracias -respondió Ana -Eso haré. Salió corriendo de nuevo del lugar en el que estaba y subió a toda máquina las escaleras hasta llegar al segundo piso.

Ya en el segundo piso, Ana se dirigió hacia el mostrador del vigilante de esa planta. El vigilante la miró y le preguntó si tenía autorización. Ana sacó de su bolso la tarjeta y se la mostró al vigilante. El vigilante asintió, como si ese asentimiento hubiese sido su respuesta de: “puedes pasar”. Rápidamente, Ana se quedó frente a la tercera puerta a la derecha, llamó y entró. Nada más entrar Ana en la habitación, se comenzaron a escuchar gritos.

-¡Vete de aquí! -gritaba un niño de, más o menos, la edad de Ana -¡No quiero que venga nadie!

Ana intentó tranquilizarle.

-Me llamo Ana María Gómez, puedes llamarme Ana, tengo catorce años y soy ayudante joven para personas que tienen cáncer. -dijo Ana sin miedo de que el niño de la habitación le volviese a gritar-Me gustaría ayudarte.

Justo en ese momento entró la doctora.

-Hola Ana. -dijo la doctora - Ana, ¿puedes salir un momento, porfavor?

-Por supuesto. -dijo Ana.

La doctora salió con Ana y le comenzó a hablar del paciente de la habitación.

-Ana, me alegro de que intentes ayudar a Juan, pero no hay quién pueda tratar con él. Llegó aquí hace un par de días y, todavía, no se ha acostumbrado al cáncer, como la mayoría de los pacientes durante la primera semana. Además, los pacientes de su edad son los que más tardan en acostumbrarse a todo esto. Juan ya está muy alterado y la quimioterapia lo empeora. Lo hemos intentado calmar con todo tipo de cosas pero, a pesar de eso, sigue enfadado con todo el mundo. Lo mejor que podemos hacer es dejarle solo durante un tiempo.

-Sí doctora. Pero, ¿cuántos años tiene Juan?

-Tiene quince años -le respondió la doctora a Ana mientras la joven lo anotaba en su cuaderno.

-¿Puedo saber qué tipo de cáncer tiene Juan?

-Tiene leucemia linfática crónica. Es cuando los linfocitos, un tipo de glóbulos blancos, mueren antes de tiempo, por lo que la zona de la médula ósea queda más debilitada.

-Tiene cura, ¿verdad, doctora?

-Sí, pero la cura de la leucemia linfática crónica consiste en hacer un transplante de médula ósea compatible con la médula ósea del paciente.

-Entonces, podéis curar a Juan.

-No es tan fácil, las posibilidades de sobrevivir son de un cuarenta por ciento. Y si el donante es un pariente suyo las posibilidades de sobrevivir pueden aumentar. El problema es que Juan es adoptado y no se sabe nada de sus parientes.

-Pero hay donantes de médula ósea.-hubo un silencio - Comprendo.

Ana se marchó del hospital disgustada.

Al día siguiente Ana se quedó pensando qué hacer para animar a Juan. Pensó varias cosas: pensó que le podría enviar un regalo, pensó que podría acompañarle de paseo e incluso pensó que podría volver a visitarle e intentar hacerle entrar en razón. Al principio, se dijo a ella misma que aquellas ideas podían llegar a dar resultado, pero, más tarde se dio cuenta de que lo único que conseguiría serían unos gritos de Juan, una cesta rota, un paseo cancelado y una puerta cerrada en frente de sus narices. Pero Ana sentía que rendirse sería de cobardes y sabía que Juan no podía quedarse así toda la vida. Así que siguió pensando.

Ana ya no podía machacarse más el cerebro cuando, de pronto, se le ocurrió escribirle una carta a Juan: "Querido Juan, ya sé que por lo que estás pasando es duro, porque, como ya te dije, yo ayudo a personas con cáncer. Una vez visité a una niña de unos siete años con melanoma. La niña no tenía miedo de nada, aunque ya supiera que nunca saldría del hospital. Ella sabía que tenía una enfermedad difícil de curar. Sabiendo que había más niños con cáncer, la pequeña se fue a visitar a cada niño y a animarle. Bueno, todo esto te lo cuento para que sepas que tu deber es ir a animar a todas aquellas personas de tu mismo piso, no quedarte en tu habitación con cara de mal humor. Porque tú puedes salir a la calle y visitar a tus amigos, pero con la condición de que te hagas la quimio. Quiero que sepas que he conocido a varias personas con diferentes casos de leucemia. Todas esas personas han salido del hospital porque su cáncer tenía, y sigue teniendo, cura, ¿por qué el tuyo no iba a tenerla? Sé valiente y ten fe.

Besos y abrazos de tu visitante Ana."

Ana se fue al hospital de nuevo con el permiso de su madre. Esta vez las calles estaban adornadas con las luces navideñas colgando de su cable. Ana se paró por un momento y pensó que día era. La joven dio un pequeño salto al recordar que ya era quince de diciembre y que sólo quedaban diez días para la Navidad. Miró en su bolso y comprobó que llevaba suficiente dinero para comprarle algún regalo a Juan. Ana buscó rápidamente una tienda cercana en la que comprarle algo navideño a Juan para su habitación. Al poco tiempo encontró un "tiger" repleto de cosas navideñas y entró. Estuvo dudando entre llevarse dos cosas o tres, y finalmente se llevó cinco: un paquete de cuatro guirnaldas, un árbol de navidad que se podía doblar y cabía en una caja un poco más gorda que la de pizza, un gorro de santa claus, una lámpara con la forma de un muñeco de nieve y un paquete con dos rollos de luces navideñas. Todo eso se lo llevó en dos bolsas.

Al entrar al hospital, Ana hizo lo mismo que al día anterior. Ya en la segunda planta, comprobó que nadie estaba por el pasillo, y también comprobó que no había nadie en la habitación de Juan, siquiera el propio Juan. Una vez que ya había comprobado que no había nadie, entró a la habitación de Juan y dejó todos sus regalos sobre la cama con la carta encima de las bolsas. Ana se escondió para ver la reacción del chico.

La joven empezó a escuchar que alguien se acercaba a la habitación del joven, era Juan. El muchacho entró y cerró la puerta con pestillo. La reacción que Ana pudo ver de Juan pasó más tarde, cuando éste asomó la cabeza y susurró unas palabras.

-Ana. Ana. Ana, ¿estás ahí?, ¿Ana? -y cerró la puerta de nuevo.

El resto del día, Ana lo pasó como cualquier día desde que le dieron las vacaciones: aburrida. Aburrida hasta que se fue al hospital, cuando vio que Juan no estaba en su habitación. Ana le preguntó a una enfermera.

-Disculpe, ¿sabe usted dónde está Juan?

-Está en la habitación 152. Creo que le estaba contando un cuento a una niña de unos ocho años con leucemia mieloide aguda. -contestó la enfermera- Ese chico es increíble.

-Gracias. -Ana se puso en marcha hacia la habitación 152. Cuando llegó la habitación, la puerta estaba abierta y en el interior había una niña de unos ocho años escuchando el relato de Juan. Ana llamó a la puerta.

-¿Se puede?-preguntó Ana - De lo contrario espero fuera.

-¡Ana!-dijo Juan mientras se levantaba -Tenías razón, mi deber es ayudar a las personas de mi planta. Mira, esta niña de aquí -dijo mientras señalaba a la chiquilla de la cama -se llama Sofía y tiene ocho años. Tiene mieloide aguda, pero se va a curar porque han encontrado una médula ósea compatible con la suya y, mañana la van a operar.

-¡Fantástico! -dijo Ana con una gran sonrisa.

-Bueno, Sofía, me voy a mi habitación. -dijo Juan- Adiós. Y sé valiente con la operación, todo saldrá bien.

Mientras caminaba por el pasillo con Ana, Juan empezó a hablar.

-Gracias por tus magníficos regalos. Te estaba esperando para que me ayudases a decorar la habitación.

-¿De verdad? -preguntó Ana asombrada, pues Juan y ella sólo se conocían de verse y conversar menos de un minuto.-Gracias. Cuando entraron a la habitación, Juan empezó a sacar todos los adornos

-Primero ponemos el árbol. -dijo Juan -Después ponemos las luces y después de eso ponemos lo que falte. Los dos empezaron a quitar el celo que envolvía la caja del árbol.

El árbol era fácil de montar y de decorar, sobretodo porque ya estaba decorado. Lo único que pusieron en él fue uno de los dos cables con luces de colores. Al terminar el árbol, se pusieron a colgar las luces que quedaban. Las guirnaldas las colocaron en cada pared de la habitación, la lámpara la pusieron sobre la mesilla de noche, la manta la pusieron sobre la colcha de la cama y, pusieron la lámpara sobre la mesilla de noche. Ana y Juan se quedaron contemplando la habitación.

-Tengo que irme -dijo Ana después de diez minutos -Hoy, como le dan las vacaciones, mi padre viene antes del trabajo y así nos dará tiempo a poner el árbol de navidad los tres juntos. Pero, esta tarde me lo he pasado muy bien.

-Yo también, ¿vendrás mañana? Porque, si vienes, podemos salir a dar un paseo.

-Claro que vendré. Vengo todos los días -dijo Ana.

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, Juan y Ana dieron un paseo por el parque botánico durante una hora. La enfermera les acompañaba por si a Juan le pasaba algo. Al final Ana y Juan se despidieron y, cuando Juan ya estaba en su habitación, Ana se quedó hablando con la enfermera.

-Tiene que hacer todo lo posible por curar a Juan. -comentaba la joven -Su enfermedad tiene cura, además seguro que ya tienen un donante de médula ósea compatible con la de Juan.

-Ana, créeme, estoy haciendo todo lo posible por encontrar un donante compatible. Mañana tengo unas pruebas con un donante, cuando tenga los resultados, te diré todo lo que sepa sobre ese caso. ¿De acuerdo?
Ana asintió, le dio las gracias y se marchó a su casa.

Esa noche, Ana, tardó mucho en dormirse. No sabía si estaba feliz porque Juan podría tener un posible donante, o bien porque las pruebas podrían dar una mala noticia. Fuera lo que fuese, todo aquella noche fueron nervios.

La mañana siguiente, Ana despertó de prisa debido a los nervios. Enseguida, se fue al hospital. Después del paseo con Juan, fue a buscar a la enfermera. Cuando la encontró, tuvieron una pequeña conversación.

-¿Y? –preguntó Ana esperando una respuesta. La enfermera se acercó y le dió una respuesta al oído. Justo al alejarse la enfermera del oído de Ana, ésta última se fue corriendo, no se sabe si de alegría o de tristeza.

-“Navidad, Navidad, dulce Navidad. Es un día de alegría y felicidad ¡hey!” –los villancicos no dejaban de sonar en la radio de la casa de Ana. El espíritu navideño en esa casa estaba en todas partes.

-Mamá, falta un plato y dos cuchillos –gritaba Ana, que estaba poniendo la mesa en el comedor

-Ahora los llevo. – le respondió la madre - Y, Ana, quita una silla que con la silla de ruedas, el pobre, no va a caber.

-Vale mamá, pero, ¿dónde la dejas?

- Al lado del perchero –dijo la madre mientras llevaba el plato y los cuchillos al comedor. El timbre sonó.

-¡Ya están aquí! -dijo Ana –Mamá, enciende las luces del árbol. Ana abrió la puerta.

-Hola. -dijeron los invitados a coro -¡Feliz Navidad!

- ¡Hola Juan! -dijo Ana con una sonrisa –Hola señores Fernández. Ven Juan, te voy a enseñar mi cuarto.

-Ya voy Ana. -dijo Juan –Pero espera, que yo voy más lento.

-Espera. –Ana retrocedió unos centímetros y empezó a empujar de la silla de ruedas que tenía Juan debido a la operación -Por cierto, ¿cuándo te quitan la silla de ruedas?

-En tres semanas.

-Eso es bueno, ¿verdad? –Ana entró a una habitación bastante espaciosa repleta de adornos navideños – Esta es mi habitación. Espera. –Le dijo Ana antes de que Juan pudiese dar su opinión, se fue a su mesa a recoger algo que estaba envuelto y se lo dio a Juan –Ten

-Gracias –Juan desenvolvió con mucho cuidado el regalo y pudo ver lo que era. Era una cartulina verde con fotos de Ana y Juan juntos en sus paseos o en el hospital, y debajo ponía: “Estos momentos son mi mejor regalo de Navidad”